

POEMAS

VALERIO MAGRELLI

Traducción de Ernesto Hernández Busto



PUERTA WESTFÁLICA

Un día nublado, en Minden,
en un taxi que me lleva
al encuentro de estas dos palabras.
Pregunto en el camino y nadie sabe
qué es lo que indican —exactamente, digo—
qué lugar es, y dónde, si una alcazaba
o una presa. Y sin embargo, el nombre brilla
sobre el mapa, un destello,
en el tupido enredo consonántico, que lanza
breves vocales luminosas, como el arma
de un hombre al acecho en el bosque.
Se traiciona, y voy por él.
El panorama op-art se despliega entre árboles
y aguas, mientras los carteles indican ora
una torre de Bismark, ora el mausoleo de
[Guillermo,
la estatua con la pierna izquierda historiada
por la frase: «Manuel war da»,
escrita quizá con las llaves de casa, tenue
hilo dorado sobre el verde del bronce,
línea sinuosa de la firma, río
entre ríos. Dejo el coche, comienzo a caminar.
Hojas muertas, una luz móvil, el aire
[congelado,
la punzada de una torcedura en el tobillo,
yo, trompo que gira, yo,
tornillo que se destornilla. Nada más.
Sin embargo, aquí está la señal, aquí
se ahoga la tierra,
aquí está el by-pass, el muro

de una hídrica Berlín en medio
de faldas freáticas, cuencas artificiales,
y la paz y la guerra y la lengua latina.

Nada. Y mientras voy por el bosque pienso
en el chofer que me espera perplejo,
en el chofer que me espera perplejo
y aprovecha para lavar los vidrios
mientras con su murmullo
bajo el tablero, fluye susurrando
el río del taxímetro, la hélice del dinero,
dique, conducto, desembocadura, presa
[abierta, aorta,
hemorragia del tiempo y válvula mitral,
Puerta Westfálica de mi vida.

EL AZAR

La lotería, los dos dados,
las slot-machines, el bingo,
la multitud en muda espera
del número o los frutos
alineados, consumo
de un alimento mágico.
Parecen fúnebres vigiliias
ruedas de orfelinato o de tortura
(y la dura esperanza que es la última
en morir). Gira la suerte, rueda
la rueda de las ruedas, rueda
de rifa o de ruleta rusa
(fruto de oriente, bráju-

la de muerte),
bala y tambor
de lo Cierto, cara
y cruz de la Nada,
rojo y negro.

El corazón se va
abandona su alveolo
cuando te alzas de la mesa
lo sigo
luce suspendido a empujones
me hace señas
pero te lo llevas
con hilo de dentista
me sacas mi raíz
sin dejarme siquiera
la moneda de leche,
al menos, esa,
la obturación de oro
que brilla.

Cada uno, a su vez, lleva el genotípico,
el día en el que muere
la propia edad. Enero,

el mío, la puerta
de las estaciones, cuando
llevo los despojos al paso,
por el ojo del año,
nudo y embudo, angina
que me aleja la sangre
dejándome nevera
la custodia del hielo.

Estaba acostado en un consultorio,
oculto detrás de un parabán.
“Antígona”, “Sí”, “¿Estas aquí?”, “Sí, aquí”.
Las vértebras, las vértebras.
Comienzan a discurrir entre ellos,
dos viejos, dos voces viejas.
Porque una voz envejece,
incluso en el sonido está el hueso del tiempo
incluso en el aliento. Soplaban,
y había dentro un eco de sí misma,
un eco que precedía la dicción.
Algo como desencajonado y desquiciado, la
[médula
deshilada de la espina dorsal
desenvainada como una espada reluciente
voz-armazón
vértebra de la voz. ♪